Lo que nos une

Entrevista a Francesc Torralba

«Más allá de las diferencias, lo que nos une a los seres humanos es más fuerte y sólido que nuestras opciones ideológicas»

POR FRANCESC MIRALLES

TRANSCRIPCIÒN Y EDICIÒN DE ADRIANA HERNÁNDEZ PLANILLAS

¿A qué te querías dedicar en tu infancia?

Cuando era niño quería ser ciclista. Pasaba los veranos en un pueblo cerca de Vic y gozaba muchísimo pedaleando de pueblo en pueblo, subiendo y bajando cuestas por el Montseny, las Guilleries y la Plana de Vic. Llegué a participar en algunas carreras, pero pronto observé que no tenía ni el talento, ni la capacidad física para competir a alto nivel. Aun así, la bicicleta sigue siendo mi compañera fiel. Sigo pedaleando siempre que puedo y me gusta hacerlo a primera hora de la mañana casi a oscuras.

¿Cuándo y de qué forma surgió en ti el interés por la espiritualidad?

El interés por el mundo de lo espiritual viene después, al final de la adolescencia. En mi niñez fui educado en el marco de una familia cristiana, fui iniciado en la fe y participaba, a regañadientes, de la misa dominical.

Sin embargo, estudiaste Filosofía en la Universidad de Barcelona, recibiendo el premio al mejor expediente académico. ¿Significa eso que siempre estabas estudiando o lo compaginabas con la vida festiva de los estudiantes?

No tenía previsto estudiar Filosofía. No estaba en mis planes. Sin embargo, tuve la suerte de encontrarme con un gran profesor de filosofía que despertó mi interés y mi vocación. Estudiaba ciencias en el bachillerato y en COU y mi primera orientación fue hacia la química, pero aquel profesor suscitó en mí un intenso deseo de explorar el universo filosófico y me sumergí en él. Durante mi vida universitaria me centré particularmente en el estudio, no solo de la filosofía, también de la teología y la lengua alemana, imprescindible para poder leer a ciertos autores en su lengua original. Ese período de mi vida se puede resumir en tres palabras: estudio, deporte y amistades. Así pasaron los años. Recuerdo con angustia los exámenes y la lucha por la excelencia, pero gozaba con la lectura y con algunos profesores, y tuve la suerte de poder dedicarme exclusivamente a estudiar, cosa que agradezco infinitamente a mis padres.

Kierkegaard te interesó hasta el punto de ampliar tus estudios en Copenhague para estudiar danés y hacer tu tesis sobre ese pensador...

Me fascinó su particular modo de pensar, su voluntad de arraigar la filosofía a la existencia individual de cada cual, su capacidad para ponerme entre las cuerdas con sus preguntas, sus sospechas, sus ironías. Me fascinó su defensa de la unicidad de cada ser

humano, de la inexcusable libertad de optar y el modo cómo entendía la vida: como una apuesta, como una aventura, como una obra de arte que cada ser humano está llamado a esculpir, en definitiva, como una opción fundamental preñada de seriedad y de angustia. Kierkegaard, para mí, es un despertador intelectual, un maestro espiritual, un confidente secreto, una fuente de consolación, pero, simultáneamente, un aguijón en la carne.

PERFIL

Nacido en Barcelona en 1967, Francesc Torralba es uno de los humanistas más destacados del panorama europeo, en especial en los campos de la ética y la espiritualidad.
Catedrático de filosofía de la Universidad Ramon Llull, además de su labor académica tiene casi medio centenar de publicaciones y está muy presente en los medios de comunicación.
El sentido de la vida, el conocimiento interior y el cultivo de la serenidad son ejes fundamentales de su pensamiento y en su obra, cuya última novedad es «Mundo volátil».
Aprovechamos el encuentro con este intelectual de primer orden para hacer un repaso a su trayectoria.

¿Cómo era tu vida en Copenhague?

Estuve en Dinamarca en varios períodos. En invierno es un país frío y oscuro, nublado e inhóspito. En verano, en cambio, es alegre, luminoso, lleno de vida y de trajín en las calles, una fiesta permanente. Aprendí una barbaridad, tanto en el plano humano como intelectual. Fue mi primera salida larga de la casa paterna. Me encontré en un país pequeño, culto y protestante. Recuerdo con cariño mis paseos en bicicleta y cómo todo me sorprendía: el silencio en los restaurantes, la limpieza de las calles, las celebraciones en la iglesia luterana, las casas de colores, los grandes parques y el mar del norte. Fue una gran experiencia. También tuve que enfrentarme a mi soledad y a las dificultades que conlleva instalarse en un país cuya lengua oficial se conoce muy vagamente.

Después de todos los años invertidos en tu licenciatura y doctorado, ¿qué te decidió a iniciar una nueva carrera, justamente la de Teología?

KIERKEGAARD, PARA MÍ, ES UN DESPERTADOR INTELECTUAL, UN MAESTRO ESPIRITUAL, UN CONFIDENTE SECRETO, UNA FUENTE DE CONSOLACIÓN, PERO, SIMULTÁNEAMENTE, UN AGUIJÓN EN LA CARNE.

Estudié simultáneamente Filosofía y Teología. Me di cuenta de que mis intereses filosóficos era de naturaleza teológica y por eso me matriculé en la Facultad de Teología de Catalunya. Fue una ocasión para ahondar en mi fe, para comprender a fondo los géneros literarios que configuran la Biblia, un modo para tener una visión amplia de la historia del cristianismo y de los grandes tratados que configuran la Teología. Guardo un gran recuerdo de esa etapa. Tenía muchas clases todos los días. Por la mañana estaba en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, al mediodía estudiaba alemán en la Escuela Oficial de Idiomas y por la tarde en la Facultad de Teología de Catalunya. Hice buenos amigos. Tuve profesores excepcionales, verdaderos maestros que recuerdo con afecto y gratitud.

Tengo entendido que actualmente hay pocos estudiantes en el seminario. ¿Cómo era el ambiente cuando tú cursaste la carrera?

Compartía el aula con alumnos que se preparaban para el sacerdocio. En nuestro país todavía resulta extraño que una persona laica sea doctor en Teología. Por lo general, asociamos este estudio a las personas de vida consagrada o sacerdotes. No sucede lo mismo en Dinamarca, Alemania o en los Estados Unidos. Recuerdo un ambiente recogido, una pequeña comunidad de personas que nos ayudábamos en las tareas académicas. Existía un gran contraste entre el ambiente de la mañana, en la Facultad de Filosofía de la UB, y el de la tarde, en la Facultad de Teología de Catalunya. Algunos profesores de la mañana sostenían ideas respecto a Dios, el ser humano y la vida eterna diametralmente opuestas a esas que escuchaba por la tarde en la Facultad de Teología. Esta pluralidad me resultaba muy sugerente en el plano intelectual y activó en mí la búsqueda personal de respuestas.

En Teología hiciste tu tesis sobre el pensamiento antropológico de un pensador cristiano moderno: Hans Urs von Balthasar.

Sí, Henri de Lubac dijo de él que fue el teólogo más culto del siglo XX. Me fascinó su erudición, su teología en permanente diálogo con los grandes literatos, poetas, artistas y filósofos del siglo XX, su apertura de mente, su atenta aproximación a los pensadores ateos, ubicados en las antípodas de su postura intelectual. Aprendí muchísimo leyendo su magna obra, la *Teodramática* y me cautivó la relación que establece entre el mundo y el teatro. Inspirándose en los grandes sacramentales del barroco español, explora nuestra situación en el mundo a partir de la metáfora del drama, lo cual es muy sugerente, porque en el drama, los personajes son libres, mientras que, en la tragedia, están fatalmente determinados por el destino. Yo creo, firmemente, en la libertad del ser humano, pero también constato que la libertad, vivida en mayúsculas, nos aterra.

Volviendo a la filosofía, uno de los autores que conoces más a fondo es Nietzsche. Como cristiano, ¿de qué manera encajas su visión sobre la muerte de Dios?

Creo que Nietzsche es, después de Goethe, el mejor escritor en lengua alemana. Me fascinan sus imágenes, sus parábolas, sus alegorías y sus metáforas. Es el gran maestro de la sospecha, un verdadero huracán que no deja indiferente a ningún lector. Experimenté una intensa fascinación por su obra y, de hecho, me sigue fascinando todavía hoy. Me resulta sugerente porque me exige pensar a fondo en lo que creo, me pone a prueba, me obliga a buscar argumentos para mi fe y ello estimula mi actividad intelectual. Me parece que es muy catártico para un cristiano enfrentarse a Nietzsche, pero también a Marx y a Freud. En este combate intelectual uno puede salir herido, incluso puede experimentar una intensa conversión; sin embargo, la confrontación merece la pena, porque más allá de las evidentes tensiones, existe una profunda admiración. Nadie sale inmune de la confrontación con un maestro de la sospecha como Nietzsche.

¿A qué crees que se debe la falta de vocaciones en la Iglesia y la poca asistencia a misa en las ciudades españolas? ¿Necesita el cristianismo una actualización?

La vocación procede del verbo latín *vocare*. Presupone que Alguien llama y que alguien puede responder. La *vocatio*, la *Anruf*, l'*Appel*, *the Call* solo es posible si existe silencio, si uno se dispone a escuchar, a estar atento, a ensanchar lo que Kierkegaard denomina *el oído del espíritu*. Vivimos aturdidos, hiperconectados, dispersos, extraordinariamente acelerados, huyendo de lo que realmente somos; consumimos todo tipo de novedades que envejecen muy rápidamente y no somos capaces de escuchar esa voz que llama dentro de nuestro ser. No nos damos tiempo para la escucha. No escuchamos ni siquiera a los más cercanos, tampoco a nosotros mismos, muchos menos al Maestro interior, en palabras de san Agustín. El silencio se ha convertido en un objeto hiriente, incómodo, difícil de tolerar.

En el caso del catolicismo, ¿la solución pasaría por la incorporación de la mujer al clero, tal como sucede en el protestantismo?

En el mundo protestante, la crisis vocacional también es oceánica. Lo conozco de primera mano. Existen pocos jóvenes que sientan el deseo de entregar su vida como pastor o pastora a la comunidad. El problema tiene un calado más profundo. No se contempla

LA ERA DE LA INCERTIDUMBRE

«La incertidumbre se ha convertido en una de las nociones más utilizadas para para describir la nube en la que estamos instalados desde hace años. Todo se ha vuelto incierto: la lógica de los mercados, los cambios políticos, las tendencias de consumo, las modas musicales, el precio de la gasolina, el coste de la hipoteca, las relaciones interpersonales o los vínculos laborales. Este no saber a qué atenerse genera desasosiego en todos los órdenes de la vida, especialmente en el laboral y afectivo (...) La incertidumbre genera desazón, angustia vital y temor a lo desconocido. En tales circunstancias, es clave enfrentarse al presente con audacia y ductilidad. La audacia no es la temeridad; es la virtud que nos dispone a realizar grandes acciones, a pesar de no dominar todos los elementos de referencia.»

FRANCESC TORRALBA, «MUNDO VOLÁTIL» (ED. KAIRÓS)

esta forma de vida como un proyecto legítimo, razonable, posible. Está fuera del orden mental de la gran mayoría de jóvenes. No se vincula esta opción con la libertad, con la felicidad, con la plenitud. Se contempla como una opción anacrónica, obsoleta, propia de otros tiempos. La vida entendida como don para la comunidad, como entrega a Dios, como un compromiso sólido e irreversible es algo que está muy lejos del imaginario colectivo.

Hablemos ahora de tu obra ensayística, que es amplia y muy rica. ¿Cuándo y por qué te decidiste a publicar tu primer libro?

El ensayo es el género de las ideas. Michel Montaigne es su creador, el referente, la permanente fuente de inspiración para todos los ensayistas. Ensayar significa esbozar, probar, intentar, explorar. Es lo contrario al tratado, al sistema, siempre hermético y cerrado. Me atrae Kierkegaard porque él, frente al sistema, propone migajas filosóficas, apostillas, esbozos. Creo que no podemos ir más allá de eso cuando nos enfrentamos a las grandes cuestiones. Siempre he experimentado un intenso deseo de comunicar lo que pienso, ya sea de forma oral o escrita y, sobre todo, de ser inteligible, de poder articular un discurso que sea claro y nítido para el oyente/lector. Me parece que una filosofía críptica, hermética es completamente estéril, es un ejercicio de elitismo intelectual de signo clasista. La claridad, como decía José Ortega y Gasset, es la cortesía del filósofo. Yo diría, con Edith Stein, que es un imperativo para el pensador.

Has escrito sobre espiritualidad, ética, educación y sentido, como grandes temas. Empecemos por esta última cuestión, ¿cómo puede encontrar el sentido de la vida una persona que se encuentra en horas bajas y solo ve absurdo en la existencia? Ese es el caso de muchos jóvenes en crisis existencial o de valores.

El vacío existencial que diagnosticó con precisión Viktor Frankl es uno de los rasgos más patentes de nuestro tiempo. Afecta a adultos, a ancianos, a jóvenes y hasta a adolescentes. No se trata de una cuestión menor. Tampoco puede hallarse el antídoto por la vía farmacológica. El verdadero antídoto al vacío es el sentido, o dicho de otra manera, un proyecto de vida que ilusione, que active todas las potencias del ser humano, que le ponga en movimiento. Para ello resulta fundamental identificar esas potencias, las cualidades latentes de cada ser humano. Todo el mundo experimenta la voluntad de sentido, el deseo de vivir una vida plena, pero solo es posible si es capaz de intuir cuáles son sus talentos y si es capaz de entregarlos al mundo. El sentido de la vida radica en la práctica de la donación.

El año pasado, un profesor sueco recién fallecido publicó Factfulness, un ensayo en el que demuestra a través de las estadísticas que, a excepción del calentamiento global, el mundo está hoy mejor que nunca. ¿Qué opinas al respecto?

No resulta nada fácil elaborar un diagnóstico global. Y mucho más difícil articular una prospectiva verosímil. Por lo general, nuestros diagnósticos obedecen a intereses y son parciales. Nos falta una perspectiva de conjunto y, sobre todo, memoria histórica. Entre el diagnóstico apocalíptico y el diagnóstico apologético, debemos hallar la visión equilibrada, el claroscuro. En muchos aspectos, el mundo ha progresado positivamente, se han reconocido derechos a colectivos que en el pasado fueron ninguneados, marginados y explotados. Aun así, si proyectamos una mirada crítica al presente, observamos muchas carencias, contra-

dicciones, desajustes y dramas humanos que nos deben estimular a seguir trabajando activamente para el bien de los presentes y de las generaciones futuras.

También has publicado tus reflexiones sobre la educación. Como catedrático, además, que ves el paso de nuevas promociones, ¿qué rumbo está tomando la educación y el mundo académico actual?

El mundo de la educación está en permanente ebullición. Por un lado, el antiguo paradigma está agonizando, pero, por otro lado, emerge un nuevo paradigma que plantea nuevas prácticas educativas, nuevos saberes, nuevas destrezas y nuevas formas de evaluar. Educar, a mi modo de ver, tiene como objetivo desarrollar las potencias latentes del alumno, ayudarle a ser lo que está llamado a devenir. Eso exige un cambio de modelo educativo, una atención a la singularidad, un desarrollo de la creatividad, pero esa adaptación a lo nuevo no tiene porque significar el olvido de esos valores y saberes perennemente válidos.

En el 2011 publicaste Inteligencia espiritual. ¿Por qué consideras que la espiritualidad es tan útil y necesaria en la era digital?

La espiritualidad es un movimiento extático, es la salida de sí, la apertura a lo que está más allá de mi mundo. Significa trascender, romper el caparazón del ego. Tal y como la concibo, se sitúa al extremo opuesto del narcisismo, de la cerrazón, del hermetismo en el propio mundo. Salir de sí significa des-centrarse, interesarse por el otro, abrirse a lo desconocido, tener la audacia de olvidarse de uno mismo. La era digital es nuestra era. Gran parte de las operaciones que realizamos en la vida cotidiana, las desarrollamos en la red, en el espacio virtual. Nos informamos, nos relajamos, nos divertimos, trabajamos y nos enamoramos digitalmente. Yo me pregunto, ¿Qué operaciones de carácter espiritual podemos realizar *on-line*? ¿Podemos orar, meditar, salir de nosotros mismos, trascender en el universo virtual? Debemos reflexionar sobre qué espacio y tiempo nos damos para cultivar la inteligencia espiritual, pues ésta es una dimensión inherente a todo ser humano, independientemente de sus creencias.

YO CREO, FIRMEMENTE, EN LA LIBERTAD DEL SER HUMANO, PERO TAMBIÉN CONSTATO QUE LA LIBERTAD, VIVIDA EN MAYÚSCULAS, NOS ATERRA.

Has escrito también sobre el Papa Francisco, que ha dado un nuevo aire a la Iglesia Católica. A tu parecer, ¿cuáles son las innovaciones más importantes que está aportando?

El Papa Francisco es un reformador y todas las reformas son difíciles de llevar a cabo porque siempre existen

resistencias y dificultades para implementarlas. A lo largo de su pontificado, destaco su encíclica *Laudato* Si, un alegato a favor la conversión ecológica y una defensa activa de la biodiversidad, de la casa común que es la Tierra y de la justicia social en el plano global. Subrayo su firme voluntad de acabar con los abusos sexuales en la Iglesia, con la ocultación y con la opacidad informativa. También destaco su activa defensa de la dignidad y de los derechos de los refugiados, de los inmigrantes y su activo papel en defensa de la hospitalidad y de la atención a los colectivos más vulnerables y marginados de la tierra.

Detengámonos ahora un poco en tu último trabajo, Mundo volátil. Dices en él que vivimos en un mundo en el que los valores y creencias tradicionales se descomponen, a la vez emerge un nuevo mundo informe y caótico. ¿Hacia dónde consideras que apunta ese mundo emergente?

Precisamente porque todo es tan volátil y tan efímero resulta sumamente difícil aclarar cuáles serán las tendencias del mundo emergente. Tenemos que ser muy cautelosos con las prospectivas. Hemos fallado en el pasado y lo que creíamos que iba a durar se ha volatilizado en mil partículas inconexas. Todo lo sólido se desvanece en el aire. La frase de Karl Marx tiene más sentido que nunca. Todo fluye, todo cambia, nada permanece. De nuevo, Heráclito está en nuestras mentes. Una cosa es el ámbito del deseo, lo que anhelamos que sea el mundo venidero; otra cosa, muy distinta, es lo que acabará siendo. A pesar de todos los sueños distópicos, tiene sentido anhelar, luchar y comprometerse por las causas más nobles, porque solo de ese modo es posible atisbar un poco de luz y proyectar una mínima esperanza a los demás.

NIETZSCHE ES EL GRAN MAESTRO DE LA SOSPECHA, UN VERDADERO HURACÁN QUE NO DEJA INDIFERENTE A NINGÚN LECTOR.

Uno de los puntales de tu ensayo es cómo mantener la serenidad en medio de tanta incertidumbre. ¿Puedes hablarnos un poco de eso?

No resulta nada fácil alcanzar la serenidad en un mundo como el nuestro donde todo muta, cambia y se transforma con tanta aceleración. Emergen estados emocionales muy tóxicos como la angustia, la desazón, la ansiedad, el miedo y la perplejidad. Sin embargo, para poder desarrollar armónicamente nuestras vidas, necesi-

tamos la serenidad, la paz espiritual, la calma interior, la tranquilidad anímica, dirían los estoicos latinos. La serenidad es una conquista, jamás un regalo; es el resultado de un ejercicio espiritual que atañe a la mente, al corazón, pero también al cuerpo. La clave es aprender a desapegarse, a desasirse, a desaferrarse, a soltar y a dejar ir. La voluntad de control y de dominio es una fuente infinita de sufrimientos.

En el caso de Catalunya, donde vives, ¿cómo se puede mantener la calma en medio de tanta crispación, los presos políticos y las reacciones que esta situación provoca?

En contextos de crispación, es fundamental medir el uso de la palabra. Hay palabras que pacifican, pero las hay que hieren y activan emociones tan tóxicas como el rencor, el resentimiento, la ira o la cólera. El compromiso es una exigencia y cada cual debe asumir los compromisos sociales, políticos y educativos que considere oportunos, pero es fundamental pacificar los entornos, para que la vida pueda fluir en paz. Las redes se han convertido en una cloaca de emociones tóxicas y muchas tertulias políticas son verdadera plataformas de pirómanos. Para mantener la paz en un entorno crispado es esencial conservar los vínculos de calidad, meditar las máximas de los grandes filósofos, no olvidar que más allá de las diferencias, lo que nos une a los seres humanos es más fuerte y sólido que nuestras opciones ideológicas tanto políticas como religiosas. Todo ello puede contribuir a vivir sosegadamente en un mundo sin sosiego.

Con la llegada de la extrema derecha, ¿cómo podemos llegar a un entendimiento en lugar de echar más leña al fuego?

El surgimiento de la extrema derecha es un fenómeno común en toda Europa. Es una consecuencia más del populismo, de la derrota de la lectura y de la derrota del pensamiento crítico. El mesianismo populista se presenta con soluciones mágicas a problemas complejos y una parte de la población, asqueada de los políticos profesionales, tanto de la derecha como de la izquierda, desilusionada por tanta corrupción, mentira e hipocresía, se lanza a los brazos del último mesías redentor esperando soluciones mágicas. El desencanto postmesiánico será infinito. Los problemas complejos exigen el uso y manejo de la inteligencia cooperativa, la suma de perspectivas, la negociación y el diálogo transaccionales. Lamentablemente, estamos a años de luz de todo ello.

Como padre de familia numerosa, ¿cuáles crees que son los valores más importantes que has dado a tus hijos?

Hay valores que son perennemente válidos. A pesar de las innovaciones tecnológicas y de la digitalización de la educación, de la empresa y de la vida, existe una constelación de valores que son imprescindibles para emprender el oficio de vivir. Los más relevantes, a mi modo de ver, son las que se denominaron virtudes cardinales y sobre las que teorizó Aristóteles: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. A ello hay que sumar, según mi opción espiritual, la fe, la esperanza y la caridad, las tres virtudes teologales, según la nomenclatura teológica clásica.

¿Eres optimista sobre el futuro de la humanidad?

Lucho, denostadamente, contra mi escepticismo.